

California; porque los de aquella Provincia carecen de embarcaciones, y sus Indios no tienen practica alguna, ni en gobernarlas, ni en dirigir navegaciones.

Este ultimo descubrimiento executado hasta este tiempo dió mucha luz, para quanto en adelante se huviere de emprender. Convenció con evidencia, que es Peninsula la California, y muestra, que aquellos Varones Apostolicos no aspiran, sino à adelantar sus conversiones. Mas faltandoles los caudales por la suma pobreza de aquel terreno, para promoverlas, como ansiosamente desean, y vencer todas las dificultades, que lo estorvan, no dudo, que assi los de California, como los de la Pimeria ayudados con el poderoso brazo, y ardiente catholico zelo de nuestro Rey, podrán en breve dar exacto cumplimiento à los Christianissimos deseos de su Magestad, juntandose las dos Provincias en sus Conquistas espirituales, sin dexar à las espaldas Gentilidad alguna, que no esté del todo reducida, formando el deseado circulo de nuevas Christianidades, y dilatando no menos la Fé de Christo, y su Reino, que los Dominios de nuestra Monarquia Española.

Por fin de este capitulo añado al que leyere esta Historia, que por las ultimas recientes cartas, que llegan de la California, se acaba de saber, que por Mayo, Junio, y Julio de mil setecientos, cinquenta, y uno el Padre Fernando Consag en atencion al encargo, que se hizo el año de mil setecientos, quarenta, y seis penetró aquella Peninsula por medio de sus tierras, y montes, declinando ázia la contracosta, que mira al Oceano de Philipinas. Y por lo que conduce su puntual relacion, no solo al debido puntual cumplimiento de lo que se sirvió mandar su Magestad en su Real Cedula, y à la mas exacta execucion de lo que le ofreció en su representacion el Padre Provincial de la nueva España, sino à que se forme el concepto correspondiente de lo mucho, que por aque-
lla

lla Provincia, y por la de Pimeria alta se puede casi sin limites estender su nueva Christianidad à casi innumerables Naciones, que moran en aquellas Regiones, la pondré en los capitulos siguientes con la mayor fidelidad, como se remitió de la California.

CAPITULO IX.

COMIENZA EL DIARIO DEL VIAJE, que hizo el Padre Fernando Consag de la Compañia de Jesus en la California desde 27 grados, y 2 tercios ázia el Norte entre la Sierra Madre, y el Oceano.

LA causa de haverse emprendido el viaje por el terreno, que hai entre el Oceano, y la Sierra Madre, que divide toda la California en Oriental, y Occidental, es por ser mas ancho, y regularmente menos esteril, que el otro, que yace entre la misma Sierra Madre, y su golfo, ò seno llamado de California. El Padre Provincial Juan Antonio Balthasar, quando de Visitador General vino à esta Peninsula, me encargó ya entonces esta jornada: nunca pude efectuarla hasta ahora, ya por las epidemias, ya por falta de viveres, ya por otras mas urgentes ocupaciones, en que me tenían los Superiores. Aunque la Mission frontera del Norte hasta oy es la de nuestro Padre San Ignacio, y de aqui salió la comitiva, y todo el avio necesario, à que concurrieron en parte con grande charidad los dos vezinos Missioneros, sin embargo se señaló la Piedad por plaza, en que todo havia de aprontarse, especialmente los Naturales, que havian de seguir à pié, prevenidos con sus viveres correspondientes. Es la Piedad el parage ya destinado, para fundar
la

la ultima Mission ázia el Norte, y su Gentilidad está en veinte, y ocho grados, y medio: desde San Ignacio en proporcionada distancia ázia el Norte no se halló mejor arroyo en lo abierto, y accesible: por su sitio viene à ser casi el centro de los Pueblos, y Rancherías, que se han de administrar: su vertiente corre al Oceano: quando años passados ví, y registré este lugar, estava mucho mejor; porque entonces tenia un pequeño venero de agua corriente; mas buscandole ahora, me asseguraron los Naturales, que despues acá con una avenida grande se perdió con varios ancones de tierra: queda con todo ahora agua perenne en pozos, para beber, y algun carrizo, para mantener algunas cavallerías. El agua es buena, con una singular providencia de Dios; porque las de los pocos agujes de los contornos tienen sus refabios; ya de salobres, ya de agrias.

De este puesto de la Piedad dia veinte, y dos de Mayo de mil setecientos, cinquenta, y uno debaxo del patrocinio de nuestra Señora de Loreto, à cuyo maravilloso amparo se deve la conversion de California, con cinco Soldados, y competente numero de Naturales de à pié se emprendió la jornada passado el medio dia; porque el aguaje era tan distante, que el tren, y comitiva no podia alcanzarle en un dia; y para que la falta de agua fuesse mas tolerable, se escogió passar sin ella la noche, por ser en estos contornos por este tiempo las noches aun mui frias. Al caer el Sol llegamos à un sitio llamado San Everardo, que tiene ya Rancheria, cuyos Indios están todos bautizados, y reducidos à cercanías, en que se les puede administrar: nos faltó el agua, y aun escaseó el pasto, para las cavallerías: las lomas algunas son de peña viva, y marmol colorado; otras quaxadas de arena, que de suyo se desmoronan, llenando los arroyos, y baxíos de arenas de un color blanco. El dia veinte, y tres con niebla, y frio proseguimos el camino por arroyos,

yos, y lomas areniscas, y de tierra floxa entreverada con sus piedras: no se vió arbol grande, excepto el que sus moradores llaman *Milapa*, y empiezan à hallarse desde los veinte, y ocho grados: los mas van altos, y derechos como los pinos: arbol verdaderamente inutil, esteril, y señal de la infecundidad del terreno: desde el suelo hasta la cima está rodeado de ramas cortas, pero llenas de espinas: es mui vidrioso; por lo que se hallan, ò tronchados, ò totalmente derribados con la fuerza de los vientos: toda su dureza consiste en la corteza, estando verde: lo de dentro es una massa fofa à modo de nabo, ò bisnaga. Aunque los mas de los palos de la California, si se queman, esparcen alguna fragancia, este en el fuego despide un hedor tan desapacible, que causa dolor de cabeza; y tal vez por esta razon queda indemne, quando los Gentiles queman quantos arboles grandes hallan: quanto mas se sube al Norte, se ven con mas abundancia solamente en el distrito, que hai de la Sierra Madre ázia el Oceano, y entre lo que el viento norweste, y la niebla baña. Un quarto de legua antes del aguaje passamos por unos manchones de facate, y nos sirvió para las cavallerías, supliendo la falta de pasto.

Sabiendo, que el agua está en dos pozitos, se adelantó alguna gente, para sacarla, y abrir un bateque capaz: llegamos cerca del medio dia à Kalmay: assi se llama el arroyo, en que se halla el agua, y pertenece à la Rancheria de nuestra Señora de la Visitacion. La mayor parte de estos Indios están ya bautizados, y reducidos: algunos Gentiles, assi de los de aquel Pueblo, como de otros cercanos, que vinieron, me saludaron, avisandome, que havia un viejo tan agravado de su enfermedad, que estava mui proximo à la muerte: fuí luego à pié à verle, y à tratarle de su salvacion, y oyendole dezir, que no me entendia, tuve grande desconuelo. Era este anciano de otra Rancheria

cheria mas remota ázia el Norte, y dexando la suya se acogió à esta: discurrí, que el no entenderme nada parte de la inquietud, que le causava la enfermedad, y parte de miedo, por verse rodeado de gente nunca vista: le traté con quanto cariño pude, y le regalé con carne cozida, que suelen apetecer mucho estos viejos: con esta sola diligencia ya empezó à entenderme: por estar mui remoto de nuestro Real, hize, que le acercassen: profeguí, instruyendole en los Mysterios de nuestra Santa Fé, y dandole sus ratos de descanso: mis dudas, y congoxas se me mitigaron, quando me asseguró el mismo enfermo, que ya les havia oído, pero que nunca quiso creerles; mas que ahora si les creía, y queria bautizarse; añadiendome, que havia soñado varias vezes, que yo le havia bautizado: ya mui entrada la noche por el riesgo de quedarse de repente muerto, le bautizé sin solemnidad: se le destinaron unos Christianos, que le cuidassen, y assistiessen en su muerte: en los ratos, que se dieron al viejo por su descanso, se bautizaron unos parvulos hijos de Gentiles, que ellos voluntariamente me ofrecieron.

Sin haver nube alguna se percibian estruendos como de truenos; y preguntando à los Naturales, para saber de que nacia, respondieron todos, que eran subterranos, y que venian de un cerro alli cercano, añadiendome, que eran mas frequentes en el Verano: de buelta le registré, mas no ví abertura, ni boca alguna. El dia veinte, y uno en quanto à su temperamento fué mui bueno, y salimos temprano: antes del medio dia llegamos al territorio de nuestra Señora de la Desponsacion de Pui, en donde nos esperaron algunos Gentiles de varias Rancherias: nos contaban, que nunca creyeron, que algun Padre pudiese venir por aquellas asperezas, y que por haverles dado noticia cierta, de que irian los Nuestrros à prender à algunos Indios, ò para obligarles por fuerza

à

à hazerse Christianos, se havia desparramado la gente: otros mas animosos querian vér, si venia el Padre, ò solamente porcion de Españoles con algun caudillo: mas al vér venir las cavallerias de remuda, que ivan delante, por no ser aquella todavia tierra de riego, cayeron de animo, y se huyeron, unos al seno, otros al mar Oceano; y estos sin duda serian la causa, que por algun trecho no hallavamos Rancherias, por lo que de los fugitivos se dexarian impressionar: à los que quedaron se les dixo lo bastante, para corregir sus vanas aprehensiones. Casi en todo el intermedio, que hai entre el parage, de que salimos, y el otro, à que llegamos, se encuentra un pasto razonable respeto de su grande esterilidad: aqui tambien fué menester abrir bateque, para que bebiesen las cavallerias. Un Gentil me pidió, que bautizasse à su hijo, y lo hize, por haver ya algunos Christianos de essa Rancheria.

El dia veinte, y cinco el Padre del nuevo Christiano, aunque Gentil, me queria acompañar; mas por no saber, si la gente, que podiamos hallar, es amiga, ò enemiga de la Rancheria, de que era este el Principal, no se lo admití, especialmente teniendo ya en la comitiva quien sabía el camino. Era preciso atravesar un brazo, que de la Sierra Madre corre ázia el Oceano: por su aspereza fué penoso este rumbo: pasado ya el medio dia llegamos à un baxío, principio de arroyo, en que havia sus destiladeros de agua, uno de buena, y fresca, otros de salobre: por haverse reconocido, que la baxada era inandable, se despacharon algunos, para componer los passos, en que podia peligrar la requa. A distancia de una legua toparon mui pocos Gentiles: oyendo, que el Padre estava en sus contornos llevados de la curiosidad, ya de noche llegaron dos mozos, uno de armas, y otro todavia inhabil para ellas, à verme, y saludarme, dandome cuenta, de que un niño estava enfermo, que

Ddd 2

sin

sin duda en pocos dias moriria, y que por esso ya le tenian apartado. Es costumbre entre estos Barbaros, que quando alguno queda ya defauciado, le apartan à un abrigo algo remoto de los demás. Recibido el mozo con agafajo se quedó aquella noche con nosotros, y por la mañana mui temprano se adelantó desde luego, para dar cuenta à los suyos de lo que havia visto en los estrangeros, que venian.

El dia veinte, y seis, por mas que se havia procurado la tarde antes facilitar el passo, como el trecho inandable era largo, no pudo evitarse, que no cayessen cavallerias, y rodassen cargas: el arroyo en partes se abre, esparciendose con hermosa vista: tiene sus aguajes cortos, y en manchones sus Mesquites grandes, que es el unico palo bueno, que hallamos por todo lo que vimos ázia el Norte; mas en muchas partes estavan quemados, moviendome esto à hazer exhortar por medio de los Christianos mas cercanos à los Gentiles, que se abstuviesfen de quemarles. A un lado del camino se vieron Indios: me aparté con el Cabo de los Soldados, y algunos otros à hablarles del niño enfermo ya defauciado, para que me lo dexassen bautizar: no solamente admitieron mi propuesta, mas me asseguraron, que se havian quedado à esse fin, por si yo quisiesse bautizarle; que toda su Rancheria havia baxado al Oceano, y que haviendo yo cruzado, luego la seguirian: aquel parvulo despues de bautizado, segun supe, murió el dia siguiente. Prosiguiendo nuestro viaje, llegamos à un arroyo, que tenia sus palmas, y carrizo: el agua estava en pequeños hoyos, y donde empieza à estrecharse con un salto, y pedregal corre sobre el tepejate. A poco rato de nuestra llegada vinieron los Gentiles à saludarme: uno se ofreció à guiarnos à Kañayiakamán, que deseavamos vér. En estos contornos empieza la variedad de Mescales, unos mui grandes, que à la vista parecen como los de la otra vanda: otros me-

medianos, que tienen las pencas, y hojas mui gruesas: estos sirven à los Naturales en lugar de agua, quando andan fuera de los arroyos: cortan la hoja, la calientan, exprimen, ò chupan el jugo: probé, y hallé, que no es de mal gusto. El tercero es pequeño, y estimado por ser su pan de cada dia.

El veinte, y siete quedamos en el mismo parage, parte para que se recobraran las cavallerias mui mal tratadas por las dos jornadas antecedentes, parte por que la comitiva de à pié à vista del mucho Mescal grande quiso lograrle para sustento: mas con perdida de su trabajo se defengaño, que por mui amargo el grande era inutil, para comer; pero su flor, que echa en el vastago, sobreassada por un poco de dulce, que tiene, es tolerable al gusto: despues la aborrecieron, porque con ella enfermavan. Los Gentiles, que pasaron la noche con nosotros, se fueron, y al medio dia vinieron otros. Por su relacion supimos la falsa voz, que esparcieron dos mugeres: la primera oyendo la griteria de los Christianos, que cazavan venados, dió parte à su Rancheria, de que los Kaiavañgua, que son sus enemigos, nos havian cogido defapercebidos, matando, ò hiriendo à muchos: la otra, que bolvia del monte con Mescales, ò otras semillas silvestres, por el mismo ruido de la caza fingió, que los Christianos tal vez en venganza del agravio recibido de los de Kaiavañgua, havian muerto à los suyos, que vinieron à verme: con esta fantastica imaginacion, todos se huyeron. El Gentil, que ofreció servirnos de guia, bolviendose al caerse el Sol, para aviarse, al llegar à la Rancheria, la halló desamparada: siguió el rastro, halló algunos encaramados en un cerro aspero, y apenas pudo defengañarles, de que no hubo enemigo, que nos huviesse molestado; que ni él, ni sus compañeros havian observado la mas minima señal de hostilidad; y que su Principal con algunos passarian la noche con los Christianos. Mas la

la voz ya se havia desparramado à Sur, y Norte. Por la tarde subí à un cerro, para vér el aspecto del Oceano, y observar la variacion de la abuja de marear: la niebla continua nos embarazó el registro, y otro mas alto montecillo, que estava al Noroeste, impidió la cabal observacion; mas por lo poco, que faltava, y por lo que otras vezes observé pude conjeturar, Nordesteava la abuja quatro grados: noté tambien, que haviamos retrocedido del Norte casi una quarta de grado.

El dia veinte, y ocho por no perder mas de la latitud, y por no poner à riesgo las cavallerias confiarfe de los informes, que davan los que sabian el terreno, se resolvió, que algun inteligente buscasse el passo menos aspero: para estos moradores criados entre las breñas, y hechos à brincar de peñasco en peñasco, nada havia inaccessible. Fué Don Fernando de Ribera, y Moncada Cabo de la expedicion, y ahora dignissimo Capitan Comandante de California con otro Soldado, y algunos de à pié à reconocer el terreno de nuestro rumbo: al anochecer bolvió con la comitiva, y fué unanime el informe, de que por alli no se podia viajar, sin arruinar la requa, y sin impossibilitarnos à proseguir nuestra jornada. Un mulo, ò por sus repetidas caídas, ò por la mala calidad de la hierba, murió. Sin duda causó rezelo, y desconfianza à los Gentiles, lo que falsamente, y tan sin fundamento havia corrido; porque todos en lugar de bolver, como havian prometido, se retiraron, y aun hallamos una espia, que descubierta se huyó. Al passo, que estos Indios en su primera furia son arrojos, pasado, y mitigado aquel impetu de su nativa barbaridad, son mui medrosos.

El dia veinte, y nueve amaneciò con niebla, y frio mas intenso del que padecimos los dias antecedentes: se despacharon algunos en busca de los Gentiles, para tomar alguna luz, si por otro lado distinto del

que

que nos enseñaron, y que se halló impracticable, havia alguna otra salida: en caso de no haver razon de aquellos Barbaros se enviaron otros à vér, por donde nos pudieffemos desprender de la aspereza de aquella Sierra, en que nos hallavamos encerrados, aunque fuese necessario retroceder por parte diferente de la que haviamos venido: uno, y otro se logró: se traxo una familia de Gentiles, que dezia, que venia à buscarnos, y que los suyos se havian retirado, para trahernos algun regalo de sus semillas. Tambien se halló como facilitar la salida de aquella tan molesta pesada Sierra.

El dia treinta salimos rumbo Sudueste, baxando à los llanos del Oceano: se les dá este nombre, no porque en realidad lo sean, exceptuados unos baxios areniscos, y de tierra floxa, sino respeto de la Serranía tan quebrada. Por ser menor la niebla del Oceano, se descubrió una legua de arena, que en tres, ò quatro de extension se adelanta al mar, pero mui angosta en cotejo de su longitud. Algunos Gentiles de los que se havian visto, me salieron con otros al camino, me ofrecieron dos terciectos de sus semillas, y nos acompañaron: otros, despues de haver parado, conducidos de sus Capitanes nos regalaron affimismo dos pequeños tercios, y otros nos presentaron dactiles, que es la fruta, que por Otoño hasta mediado Invierno abunda en los contornos del Oceano. Se les correspondió con otra suerte de comida mui de su gusto. El Principal ofreció con su gente hazernos compania; mas sabiendo yo, que eran enemigos capitales de los de la Rancheria, à donde queria pasar, no le admití el agasajo. Ya me faltava la pericia del idioma; porque à mas del acento, y tonada mudan aquellos Indios algunas palabras: me valí de algunos recién bautizados sus vezinos, para que les dixessen ser mi intencion caminar mas adelante, hasta que huviesse algun embarazo en la comitiva, en que

viesse,

viéssè, que en su buelta solos, y por tierras enemigas, podrian correr riesgo de perder sus vidas: parecia, que assi quedavan mui satisfechos.

El dia treinta, y uno, con el fin de haver venido à este parage, que es el desemboque del arroyo Kañayiakamán, penetramos à su interior, ya que no se pudo por el lado, como haviamos intentado, lo executamos por el mismo desemboque; mas por los saltos de sus peñas, y bordos empinados se experimentó igualmente impenetrable. Es este arroyo mui celebre entre aquellos Naturales: por esse motivo se despachó gente de à pié à registrar su interior, para tomar con sus informes alguna luz, y averiguar, si correspondia à lo que publicava la fama: se ofrecieron por guias dos Gentiles. Está el desemboque en veinte, y ocho grados, y quarenta minutos; su angostura, que vierte al Oceano, cae al Sur: su aguaje es mui salobre entre pedregales, como su caxa algo honda con bastantes Mesquites grandes; à los lados tiene algunos llanitos emboscados de matorrales inutiles. Al caer el Sol llegaron algunos de buelta del arroyo con la noticia, de que à la mitad de la jornada se havian declarado muchos enfermos, y quedavan junto à un palmar, en donde corria alguna agua; que los demás con las guias proseguian su viaje ázia arriba; y que en todo el tramo solamente se havia visto rastro de gente. Fué mui sensible la noticia de los enfermos; porque este mismo dia muchos havian amanecido con retorcijones, y fluxo de vientre, que es enfermedad, de que mueren los mas.



CAPITULO X.

PROSIGUE EL DIARIO DEL PADRE

Fernando Confag.

EL dia primero de Junio, mitigado algo el frio, salieron algunos à vér el camino, que haviamos de andar, y à reconocer, si à proporcionada distancia havia algun pasto, que aqui escaseava, para que luego que bolviéssè la gente del arroyo, pudiéssèmos adelantar, por haver entendido de los Gentiles, que la Rancheria, à que queriamos ir, estava algo remota. Bolvieron con el informe del camino tan tarde, que ya no podiamos salir. Al medio dia llegaron los que esperavamos con la puntual noticia del arroyo; que segun declararon entre mil bueltas siempre subia al Norte en distancia de veinte leguas: assi se halló quando en fin con todo el tren se pudo penetrar. Los Naturales, que guiavan, passando una punta del arroyo, no querian proseguir, dando por escusa, que ninguno de los que se adelantavan, escapava con la vida por la barbaridad de sus vezinos: sin embargo unos mas animosos llegaron hasta el fin, que es mui angosto, seco de puro pedregal, y remata en un repecho, ò despeñadero, de donde vinieron ya de noche à juntarse con los que havian dexado, y supieron de ellos, que las guias ya havian buuelto por camino mas breve ázia nuestro Real; mas no les vimos. Con las demás noticias, que nos dieron del arroyo, se encendieron los deseos de registrarle personalmente à costa de qualquier trabajo. Se reservó su execucion para la buelta à fin de observar, si en este intermedio variarian en sus informes. Este es un arroyo, que varias vezes se intentó penetrar con gente de à pié, y no se havia logrado hasta ahora.